

CONVERSIÓN Y VERDAD EN JOHN HENRY NEWMAN

Monografía para optar por el título de Magister en Teología

Martín Gil Plata

Director: Rodolfo Eduardo de Roux Guerrero, S.J.

Segundo lector: Hermann Rodríguez Osorio, S.J.

Fecha de sustentación: 2 de agosto de 2012

Martín Gil Plata, Pbro.

Licenciado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; estudios de Filosofía y Teología, Seminario Mayor de Bogotá. Profesor titular de Lenguas Clásicas e Historia de la Iglesia, Seminario Mayor de Bogotá (1998 y 2010).

Correo electrónico: martingilplata@yahoo.es

Rodolfo Eduardo de Roux Guerrero, S.J.

Doctor en Teología, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma; Licenciado en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Profesor de tiempo completo, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

Correo electrónico: rderoux@javeriana.edu.co

Hermann Rodríguez Osorio, S.J.

Doctor en Teología, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid; Magister en Psicología Comunitaria y Licenciado en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Decano, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

Correo electrónico: hermann.rodriguez@javeriana.edu.co

RESUMEN DE LA MONOGRAFÍA

Este trabajo de grado afronta la conversión al catolicismo del presbítero anglicano John Henry Newman (1801-1890) como parte de un itinerario teológico y espiritual que fue fruto de la elaboración y síntesis prolongada de varios factores de tipo histórico e interior. El trabajo pretende mostrar, desde la narrativa, los estratos y argumentos de una evolución religiosa, confrontados con la obra autobiográfica y con otros escritos del luego cardenal inglés, para establecer la razón última de su decisión y los presupuestos fundamentales de su teología posterior.

El periodo que contempla el estudio va desde los primeros años de ministerio y predicación de Newman, como vicario en la capilla universitaria de St. Mary, en Oxford, en 1824, hasta su retiro en Littlemore, en 1843, y su paso a la Iglesia Católica, en 1845. Los textos fundamentales para la elaboración de la monografía han sido dos de sus obras mayores: *Apologia pro vita sua* (1864) y *El asentimiento religioso* (1870).

La perspectiva que abre el trabajo es de orden básicamente eclesiológico; considera a la Iglesia, una, santa, católica, apostólica y romana, como el lugar idóneo del asentimiento real de la fe y el ámbito histórico legítimo para el desarrollo doctrinal propio de la fe cristiana.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

CAPÍTULO 1

CIRCUNSTANCIAS DE UN PENSAMIENTO

1. Algunos datos históricos sobre el Anglicanismo
2. El Movimiento de Oxford: restauración e impulso
3. Resistencia a la Iglesia oficial: los puritanos evangélicos
4. La Iglesia Católica romana en Inglaterra

CAPÍTULO 2

UN PASO A LA VEZ

1. La fe de los primeros años
2. Las conversaciones y las lecturas que fueron abriendo el camino
3. Una predicación que evoluciona
4. Frente al racionalismo y el liberalismo

CAPÍTULO 3

UNA COMUNIÓN EN LA VERDAD

1. La búsqueda conjunta de la verdad
2. La insuficiencia de la Vía Media
3. La oposición al obispado de Jerusalén como controversia eclesiológica
4. Estado interior de Newman

CAPÍTULO 4

LA VERDAD COMO BÚSQUEDA INACABADA

1. Aspectos históricos en torno de los *39 artículos*
2. El momento de Newman
3. Contextos diversos para una misma teología
4. Sin marcha atrás

CAPÍTULO 5

LA VERDAD QUE SE AMA

1. Hacia recursos más amplios
2. Consecuencias morales de un itinerario teológico
3. La hora de la decisión
4. Unos años después: la espiritualidad de San Felipe Neri

CAPÍTULO 6

LA IGLESIA COMO VERDAD ORIGINARIA

1. La inferencia y el asentimiento religiosos
2. Sentido del dogma
3. La Iglesia al servicio de un asentimiento real

BIBLIOGRAFÍA

PRESENTACIÓN DEL EXTRACTO

El extracto de la monografía de grado que aquí se presenta corresponde al Capítulo 6, que culmina el trabajo realizado y abre las perspectivas de una investigación posterior, particularmente, de carácter eclesiológico. Los argumentos y las citas giran en torno de la obra mayor de J.H. Newman, *El asentimiento religioso* (1870), en la cual se elaboran prácticamente los mismos momentos de la autobiografía titulada *Apología pro vita sua* (1864). Tales argumentos se trabajan desde la conciencia misma del teólogo, en el recorrido cuidadoso que hace de su propio pensamiento, y de la forma como ha llegado a las conclusiones teológicas que anticiparon y validaron su conversión al catolicismo romano.

Podría decirse que se trata del reverso interior de un itinerario académico, ministerial y confesional, con la lectura creyente de la acción divina sobre la inteligencia que se abre a la verdad, más allá de los indicios y las nociones y sobre la voluntad que asiente en la entrega de sí al amor incondicional.

Esta doble apertura es señalada por Newman como el centro de la acción razonable que llamamos fe religiosa. Su certeza no tiene más asidero que el testimonio creyente de la comunidad de la Iglesia, dogma fundamental y signo concreto de la voluntad salvífica de Dios. Todo contenido de la fe explícita nos ha llegado por la enseñanza y los sacramentos de la Iglesia, y solo en ella es posible pasar de las nociones al conocimiento real del Creador y Redentor, y por tanto, a la santidad en el Espíritu. Ahora bien, la entidad misma de la comunidad eclesial y la solidez de su acción son requisitos *sine quibus non* para este conocimiento auténtico. No hay fe verdadera sin

Iglesia verdadera. Las notas de la Iglesia una, santa, católica, apostólica y romana son, para Newman, garantía de credibilidad del testimonio y a la vez exigencia histórica en permanente verificación.

Tal condición conlleva también el desarrollo de las doctrinas teológicas que actualizan la verdad cristiana para el hombre concreto, pero solo en la confluencia de factores eclesiales a la vez verdaderamente universales y ligados a la tradición. El desarrollo dogmático está vinculado a la vida misma de la Iglesia, y está dentro de ella, no como teoría que se propone inamovible sino como verdad vital que se interpreta legítimamente, y a la vez que configura la acción creyente en el mundo, juzga las decisiones históricas de la Iglesia.

Newman, en últimas, construye una dogmática de abajo hacia arriba, en la explicitación de la verdad originaria de la comunidad querida por el señor Jesús como testigo fiable de la revelación y portadora humilde de una gracia redentora válida para todos los tiempos.

EXTRACTO

Capítulo 6

LA IGLESIA COMO VERDAD ORIGINARIA

1. LA INFERENCIA Y EL ASENTIMIENTO RELIGIOSOS

Después de recoger un conjunto suficiente de datos históricos y biográficos sobre la conversión de J.H. Newman y de haberlos interpretado a partir de sus mismos escritos, como testimonios de primera mano de un pausado itinerario de más de doce años, corresponde ahora preguntarnos cuál fue el centro de la inquietud religiosa de Newman y las categorías por las cuales accedió a la Iglesia Católica romana. En otras palabras, también de cuño newmaniano, ¿cuál fue la ganancia de todo este camino? ¿Qué encontró Newman al final de su reflexión y de su decisión, tan costosa vitalmente?

Los datos están allí, en sus diarios y cartas, en la *Apologia* que hemos citado y en algunos otros escritos que iluminan épocas y relaciones. Pero ahora corresponde otro nivel de lectura de los acontecimientos a partir de una obra publicada en 1870 sin ocasión definida: *El asentimiento religioso*, que inquiere sobre la razonabilidad de la fe religiosa y la adquisición de una certeza sobre las verdades fundamentales del cristianismo. A diferencia de la *Apologia*, que hasta ahora nos ha servido como referencia mayor, en esta obra la noticia autobiográfica desaparece para emprender un trabajo mayor de introspección del *homo religiosus*, del hombre en cuanto capaz de certezas doctrinales que configuren su vida, su esperanza y su modo de obrar en el mundo.

Parece que en este trabajo están las categorías centrales de la búsqueda newmaniana y sus ejes teológicos. *El asentimiento religioso* emprende desde dentro el camino del conocimiento religioso, desde los indicios más débiles en la conciencia hasta la certeza que invita al asentimiento real. Para Newman debe existir una acción propiamente humana y razonable que nos lleva a la creencia religiosa, antecedida por una serie de adquisiciones racionales que, sin embargo, no causan por separado el asentimiento como tal, sino que le dan un punto de apoyo para su impulso final.¹

Newman recurre a los filósofos más notables de su entorno inglés, en particular a Locke, para establecer los términos y las posibilidades del conocimiento humano, pero supera los diques racionalistas de su época para entrar a describir cómo piensa el ser humano real, no aquel diseccionado por las distinciones cartesianas o idealistas. ¿Puede un hombre aprehender un horizonte religioso sin traicionar su razón? Newman enseña que no solo el hombre puede hacerlo, sino que de hecho lo hace, en la superación constante de sus motivos estrictamente racionales, para entrar en una serie de elementos más profundos y motivadores de la acción humana:

Ridiculizamos a los “hombres de una idea”, pero muchos de nosotros lo somos, y sería mejor que nos diéramos cuenta de ello. Para la mayoría, la argumentación no hace más que suscitar más dudas sobre el punto de que se trata. Después de todo, el hombre no es un animal que razona únicamente: es un animal que ve, siente, contempla y actúa. Es influenciado por lo que es directo y preciso. Podemos refrescar nuestras impresiones y convicciones recurriendo a la física, pero para crearlas hemos de acudir a otra parte.²

Newman es un cristiano convencido, ministro de su Iglesia y sincero predicador de las verdades religiosas, pero una desazón creciente le aqueja en un mundo asediado por el liberalismo y el racionalismo: ¿Cuál es la base suficiente para sus ideas religiosas? ¿Cuál es la autoridad que sustenta su creencia inamovible en los dogmas? Newman sabe que cree, ha entregado su vida y su voluntad a la fe, pero quiere desentrañar las razones de su creencia, sus

¹ Ver a Newman, *El asentimiento religioso*, 18-19.

² *Ibid*, 109.

motivos reales como ser concreto e histórico. En últimas, emprende la búsqueda de aquel lugar de la experiencia humana que brinda las garantías para un asentimiento incondicional susceptible de abarcar toda la existencia como solo la fe religiosa puede hacerlo.³

El asentimiento en las nociones es claro cuando la inferencia ha obrado lógicamente los pasos indispensables, pero hay más que razón lógica en el hombre y sus decisiones más vitales e importantes no remiten solo a tal solución lógica de problemas intelectuales. La razón misma de vivir y de actuar no encuentran su asidero en una secuencia de conclusiones racionales. Hay un sinnúmero de elementos en la misma naturaleza del hombre y en la historia de cada persona que hacen sus argumentos únicos y sus decisiones irrepetibles:

La inferencia se refiere necesariamente a superficies y aspectos; empieza y acaba en sí misma; no llega a alcanzar la realidad, se usa acerca de fórmulas; en cuanto toma en cuenta objetos reales de cualquier género, tales como motivos o acciones, el carácter o la conducta, arte, ciencia, gustos, moral, religión, trata de tales materias no como ellas son en realidad, sino simplemente como materiales de investigación y de argumentos; tales materias no son más que o la premisa mayor o menor de un silogismo, o la conclusión. La creencia, al contrario, se refiere a cosas concretas, no abstractas, las cuales con sus propiedades morales e imaginativas excitan la mente. Tiene por objeto no solo directamente lo que es verdad, sino también lo bello, lo útil, lo admirable, lo heroico; los objetos que encienden la devoción, que levantan las pasiones, que anudan los afectos. De esta forma nos lleva a toda clase de acciones, a establecer principios, a formar el carácter, y por ello está conectada íntimamente con lo individual y lo personal.⁴

Hay, entonces, en el mundo religioso hay una aprehensión de lo concreto que faculta a la inteligencia humana a configurar la libertad y el afecto, las decisiones y los sentimientos. La verdad inapelable es necesaria para la vida humana en su relación con lo concreto, pues la existencia humana no es pura contemplación sino permanente invitación a decidir. El conocimiento no es una entidad autónoma, como sugería el racionalismo, sino una entre las actividades humanas que

³ Ibid. 308.

⁴ Ibid., 106.

requiere certeza para configurar la historia, de modo que el uso de la libertad corresponda a la verdad a la cual el mismo hombre se quiere entregar.⁵

2. SENTIDO DEL DOGMA

Como leímos en los capítulos anteriores, Newman declara haber tenido desde muy joven la visión clarísima del dogma como fundamento de la vida cristiana. La existencia de Dios y de su alma constituía la certeza inamovible de su obrar. Tal certeza sugiere un proceso de inferencia religiosa para nosotros desconocido en la historia personal de Newman, con su lectura propia del mundo y de sus causas, o quizás de las honduras psicológicas; pero lo importante es que Newman define tal certeza como objeto de un asentimiento más sólido y completo que aquel prestado a las puras nociones conceptuales: se trata de un asentimiento real que constituye la base de cualquier experiencia religiosa, en cuanto se pasa de la afirmación condicional de un principio de todo (pensamiento inferencial lógico) en las “pruebas” de la existencia de Dios, a la aseveración incondicional de tal existencia a partir de las necesidades humanas y de su actual modo de proceder de la persona. En Newman, la verdad dogmática no es solo el horizonte de la existencia humana sino su posibilidad más radical. Conocemos en profundidad porque creemos que hay una realidad concreta que sustenta el mundo mediante un acto de creación del cual somos, individualmente, como el culmen y la perfección, y la amamos al punto de emprender la relación con el prójimo y el mundo.⁶

Por otra parte, la existencia misma de Dios y del alma humana abre la posibilidad real de la comunicación que llamamos revelación. Si Dios existe y el hombre lo percibe a través de varios modos y canales, es inevitable pensar en la capacidad de Dios de hablar en el ámbito más concreto e inmediato para el hombre: la historia. La concepción de un hombre encerrado en su conciencia ya no tiene ningún valor; es una ficción momentánea oportuna solo como punto de

⁵ Ibid., 100.

⁶ Ibid., 105-111.

partida de otras reflexiones, pues el ser humano manifiesta realmente la necesidad de un diálogo con su Creador y con la creación como inicio y condición permanente de su acción en el mundo.⁷

Si tal es la situación, la experiencia religiosa es, por antonomasia, la experiencia de la totalidad tanto del mundo concreto como de la interioridad humana. El dogma religioso no es una imposición ajena a la razón humana, sino la aprehensión originaria de la coherencia y sentido de la existencia humana.⁸ Así también, la labor unificadora de la fe no atañe solo al mundo sobrenatural, sino a las exigencias del actuar del hombre en cuanto llamado por Dios (Gn 12,2-3).

Es claro, entonces, que Newman articula desde el comienzo los contenidos de su teología como nociones al servicio de la vivencia religiosa y devota. Todo el camino teológico tiene como fin la santidad y la sumisión a la voluntad de un Dios bueno y providente. Ahora bien, estas verdades teológicas corresponden a la revelación bíblica como cuerpo unificado de experiencia religiosa histórica y de lenguaje sobre Dios. La revelación ocurre en hechos que aceptamos por testimonio y en palabras que iluminan la inteligencia y estimulan la acción (Hch 3,12-26).

La revelación de Jesucristo, Dios y hombre, da pleno cumplimiento a la estructura misma de la inteligibilidad de Dios y al sentido del mundo como creado. La necesidad humana de la verdad concreta encuentra en Cristo su satisfacción, salvada la libertad de Dios para tal evento. Simplemente, el clamor humano es escuchado misericordiosa y gratuitamente en la persona del Redentor, que entra en la historia como criterio del obrar humano y de juicio para todas las decisiones morales (Mt 5, 14-30).⁹

3. LA IGLESIA AL SERVICIO DE UN ASENTIMIENTO REAL

Ahora bien, el conjunto de la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento está dirigido a todas las naciones en el nuevo Israel, la Iglesia como lugar y comunión de la verdad. Tal revelación en la Igle-

⁷ Ibid., 112-129.

⁸ Ibid., 130-144.

⁹ Ibid., 146-147.

sia no ocurre solo como aparición, manifestación o visión, si bien incluye estos acontecimientos de modo personal o colectivo, sino principalmente como *testimonio*, ceñido a la intención de Dios mismo de congregar y reconciliar todas las cosas (Col 1,15-20). La revelación en Cristo engendra de nuevo la comunidad y la ratifica como el lugar de la manifestación constante y auténtica de Dios, mientras aquella conserve el carácter idóneo para tal fin. Dios conforma en Jesucristo la comunidad histórica y exige de ella unas notas particulares que respaldan el ejercicio de la fe en la caridad.

Tales notas son retomadas por Newman para un examen minucioso de las condiciones de la comunidad creyente: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. En otras palabras, si el mensaje es verdadero, si proviene de Dios, ha de generar la comunión más allá de todas las fronteras y ha de basarse en el testimonio creíble y autorizado. La comunidad de los creyentes debe ser el lugar teológico por excelencia para que cada uno de ellos pueda prestar un asentimiento más allá de las nociones: un asentimiento real.¹⁰

Este asentimiento solo es viable, como hemos dicho, acerca de cosas concretas. La revelación no viene al encuentro del hombre por una simple iluminación, sino por la existencia misma de los textos sagrados, de la celebración de la Iglesia y de la práctica de santidad. Newman nació en una confesión cristiana consolidada, firme y rica en tradiciones seculares de gran valor teológico, con eminentes testimonios de santidad y devoción, pero decidió pasar al catolicismo romano, con sus vicisitudes históricas y sus prácticas a menudo controvertidas. ¿Por qué lo hizo? Si deseaba la santidad personal y el ejercicio de un ministerio apostólico fructífero, la comunión anglicana ya se los ofrecía. La realización de su vida parecía ya correr por los cauces de lo consolidado en su trabajo universitario y en su intensa vida interior. Pero había algo más. Continuar en esta perspectiva puramente individual era para Newman imposible: había que preguntarse por la existencia misma de la Iglesia Anglicana como vehículo de un asentimiento real a las verdades cristianas.¹¹

¹⁰ Ibid., 152-153.

¹¹ Idem, *Apologia pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, 165-180.

Solo una comunidad concreta puede suscitar la fe y validar sus doctrinas, pues estas mismas son su origen y su principio rector. Y como el asentimiento religioso es de carácter real, y no solo nocional, la Iglesia misma debe ser un cuerpo situado en la historia y en su devenir, pero al mismo tiempo forjado por unas características tales que le permitan manifestar y vivir plenamente la verdad en el mundo. ¿Podía el anglicanismo hacerlo? Después de una prolongada investigación histórica y de una lectura pausada de los signos que presentaba, Newman afirma que no. La Iglesia Anglicana se hallaba desprendida de su cuerpo original (católico), afectada en su libertad apostólica y con un sistema sacramental ambiguo y diluido. Había perdido mucha de la savia vital de la que gozaba antes del siglo XVI, y ahora proseguía como un instrumento estatal, noble por sí mismo, pero sometido a las ambiciones de los hombres, sin una capacidad real de anuncio evangélico y transformación de la historia.

En el anglicanismo, como lo veía Newman, la posibilidad de un asentimiento real era muy reducida, solo delimitado al sentido de la Providencia expresada en la Sagrada Escritura; pero faltaba la concreción del objeto de la fe como sacramento actual de salvación, es decir, de la Iglesia misma:

Su doctrina [del anglicanismo] no es tanto de realidades, cuanto de aspectos estereotipados de realidades; por así decirlo, tiene miedo de andar entre lo real. Induce a sus seguidores a contentarse con esta mezquina concepción de la verdad revelada; o más bien es sospechosa y protesta y se asusta –como si viera que el personaje de un cuadro salta de su marco– cuando se habla de nuestro Señor, la Virgen o los Apóstoles como de seres reales, tal como nos los presenta la Sagrada Escritura. No digo que el asentimiento que inculca y origina no sea genuino con respecto al campo limitado de su doctrina; pero a lo más es nocional.¹²

La Iglesia Católica romana se presentaba a los ojos de Newman como una comunidad concreta, sólida, continua a través del tiempo; con un sistema sacramental totalmente coherente e inserta en el mundo de los hombres, no solo al nivel de los acontecimientos externos sino de sus dinámicas psicológicas. Aun las devociones que, en un primer momento, parecían a Newman contrarias a la ense-

¹² Idem, *El asentimiento*, 80.

ñanza bíblica encontraban un lugar en la diversidad etnológica de los pueblos y en su expresión inmediata de la fe:

Nuestra época va en pos de algo; la gran desgracia es que la única comunión religiosa que posee ese “algo” es la Iglesia de Roma. Solo ella, en medio de sus errores teóricos y prácticos, ha dado libre curso a los sentimientos de temor, misterio, ternura, reverencia, abnegación y otros que pueden llamarse especialmente católicos. La cuestión es si vamos a dejar esos sentimientos a la Iglesia de Roma o los reclamaremos también para nosotros. Si se los dejamos, tendremos que dejar también que se lleve a las personas que aspiran a esos sentimientos. O le dejamos las personas o aceptamos sus principios.¹³

El catolicismo había sabido unir la antigüedad con el carácter contemporáneo de la fe cristiana. La Iglesia romana se presentaba así como el elemento vinculante entre el ayer de una revelación única en Jesucristo y en su Evangelio y el hoy de la fe, a través de su sistema sacramental y de su misma existencia histórica ininterrumpida.

Para Newman, la fe del creyente en el Dios de Jesucristo tiene su origen y su respaldo en la confianza en la Iglesia. En el mundo, la Iglesia es el testigo de la revelación y no hay otro; quedan los indicios, pero el asentimiento real solo es posible ante las palabras y acciones de la comunidad eclesial auténtica y su testimonio de santidad:

La Iglesia “una, santa, católica y apostólica” es un artículo del credo que incluye su infalibilidad y que todos los hombres, cultos o ignorantes, pueden fácilmente entender y aceptar con un asentimiento real y efectivo. En la mente del católico este dogma ocupa el lugar de toda clase de abstrusas proposiciones, puesto que creer en la palabra de la Iglesia es creer que es verdad aun lo que no puede comprender; y cree que esto es verdad precisamente porque cree en la Iglesia.¹⁴

El camino del creyente, su iniciación en la fe y su perseverancia en ella, son posibles solo por la confianza en el carácter revelado del dogma y en la infalibilidad de la Iglesia al determinar su significado.¹⁵

¹³ Idem, *Apologia*, 179. Se trata de una carta publicada por Newman con ocasión de la controversia en torno al Tracto 90.

¹⁴ Idem, *El asentimiento*, 151.

¹⁵ Téngase en cuenta que Newman escribe *El asentimiento religioso* entre 1869 y 1870, cuando aún no había sido promulgada la Constitución *Dei Filius* del Concilio Vaticano

El dogma sirve a la verdad revelada en su *enunciación*, reteniendo el carácter místico de tal verdad, y corresponde a la Iglesia establecer aquella significación válida para el hombre de todos los tiempos y su consiguiente aplicación religiosa.¹⁶ La enunciación incondicional de la fe cristiana por parte de la Iglesia (anuncio) y la vida de la gracia engendrada en acontecimientos concretos (sacramentos), hace que el ser humano pase de los indicios de la existencia de Dios en la conciencia y en el mundo, a la certeza de la fe gracias a lo que Newman denomina *sentido ilativo*.¹⁷ Se trata de un itinerario desde lo implícito del sentido sagrado (convergencias de probabilidades) hasta lo explícito del asentimiento nocional (teológico) y real (religioso):

Que la Iglesia sea el oráculo infalible de la verdad es el dogma fundamental de la religión católica; y “creo todo lo que la Iglesia propone para creer” es un acto de asentimiento real que incluye todos los asentimientos particulares, tanto nocionales como reales. Este asentimiento es posible tanto para los cultos como para los ignorantes y es obligatorio tanto para los unos como para los otros.

De esta forma, creyendo implícitamente en la palabra de la Iglesia, es decir, creyendo todo lo que esta palabra declara o declarará contener, todos los católicos, cada uno según su capacidad intelectual, suplirá las deficiencias de su conocimiento sin que por ello se emborrone su asentimiento a lo que es elemental y primario, y acepta desde el principio toda la verdad contenida en la revelación, pasando de una aprehensión de ella a otra según sean sus posibilidades intelectuales.¹⁸

I. La significación del dogma no se separa de una formulación verbal, puesto que es una significación declarada por la Iglesia. Sin embargo, la permanencia se refiere a la significación y no a la fórmula. Ver a Lonergan, *Método en teología*, 310-315.

¹⁶ *Ibid.*, 145.

¹⁷ El juicio de la propia mente, es decir, el sentido ilativo, debe decidir el límite de las probabilidades convergentes y las razones suficientes para una prueba. Véase “El sentido ilativo” en *Ibid.*, 304-335. Para Newman, este proceso implica una participación conjunta de las facultades en el acto de sentir y una cuidadosa atención al testimonio de la experiencia interior, que tiene el papel capital en el asentimiento real.

¹⁸ *Ibid.*, 153.

La conversión en Newman, así, queda planteada como una respuesta a la llamada de Dios que abre el horizonte del conocimiento y del obrar moral, en la comunidad de la Iglesia. Esta Iglesia es, primero, el *lugar* histórico de tal vocación, siempre en el doble movimiento de fidelidad a su tradición y al futuro de la evolución humana; en tensión permanente entre lo revelado y adquirido y las exigencias de un mundo cambiante. Segundo, es la *comunión* que autentica la vivencia religiosa y sus implicaciones existenciales.

La conversión cristiana no se trata de un paso atrás, si bien implica una lectura creyente del pasado, sino de un valiente avance ante las posibilidades del conocimiento y de la acción humanos y de la misión reservada a la Iglesia en el mundo. El carácter eclesial de la conversión de Newman la libra de ser una pura *confessio culpae* y la inscribe en el movimiento vital de perfección de las facultades humanas de la inteligencia y el afecto, en el marco indispensable de una comunidad auténticamente histórica y universal. Newman se hace católico por su incondicional confianza en la Iglesia, sacramento de Cristo verdad, para lograr este cometido.

BIBLIOGRAFÍA

- Benard, Edmond. *A Preface to Newman's Theology*. London: Herder Book Co., 1945.
- Dawson, Christopher. *The Spirit of the Oxford Movement*. London: Sheed & Ward, 1934.
- Dessain, Charles Stephen. *Vida y pensamiento del cardenal Newman*. Serie Testigos. Madrid: Ediciones Paulinas, 1990.
- Ker, Ian. *John Henry Newman. Una biografía*. Madrid: Palabra, 2010.
- Honoré, Jean. *John Henry Newman. Le combat de la vérité*. Paris: Cerf, 2000.
- _____. *Newman. La fidelité d'une conscience*. Serie Veilleurs de la Foi, Chambray (FR): C.L.D., 1986.
- Morales, José. *Newman*. Madrid: Rialp, 2010.
- Newman, John Henry. *Apologia pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*. Madrid: Encuentro, 1996.
- _____. *Discursos sobre la fe*. Madrid: Rialp, 2000.
- _____. *Discussions and Arguments on Various Subjects*. Bodmin (UK): Gracewind y Notre Dame, 2004.
- _____. *El asentimiento religioso*. Barcelona: Herder, 2010.
- _____. *Perder y ganar*. Madrid: Encuentro, 1996.
- _____. *Selected Sermons, Prayers and Devotions*. Edited by John F. Thornton y Susan Varenne. New York: Vintage Books, 1999.
- _____. *Sermones parroquiales*. 8 tomos. Madrid: Encuentro, 2008.
- _____. *Sermons universitaires*. Bruges: Desclée de Brouwer, 1955.
- _____. *Works of John Henry Newman*, en: <http://www.newmanreader.org/works/index.html> (consultado el 20 de mayo de 2012).

Tolédano, André. *El Anglicanismo*. Colección “Yo sé – Yo creo”. Enciclopedia del Católico en el siglo XX. Andorra: Casal i Vall, 1959.

